

Aketegui, Aitxuri, Aizkorri: territorialidad, ritualidad y simbolismo en una montaña sagrada del País Vasco

Dra. María Constanza Ceruti
UCASAL-CONICET-ANCBA
Investigadora del Consejo de
Investigaciones Científicas y
Técnicas
Profesora de la Universidad
Católica de Salta
Miembro de la Academia
Nacional de Ciencias de Buenos
Aires
constanza_ceruti@yahoo.com

Resumen

Una de las principales montañas sagradas en territorio vasco, Aizkorri, es escenario de concurridas visitas a la ermita del Santo Cristo, situada por encima de los 1500 m de altitud, deviniendo en un caso de estudio que permite ahondar en la

comprensión de la construcción del territorio en el mundo vasco. A través de la observación participante, la autora pudo constatar la diversidad socioetaria de los peregrinos, así como la interconexión entre los móviles religiosos, deportivos y recreativos en la apropiación de los espacios de altura en Euskadi. Se advierte que algunos montañistas optan por la caminata “de cima en cima” y ascienden a los vecinos picos Aitxuri y Aketegui, máximas elevaciones de la región, que ostentan hitos topográficos y emblemas de la cultura vasca. En los últimos años, la serranía se ha convertido también en escenario de carreras de velocidad y de resistencia. Las prácticas religiosas, deportivas y turísticas en las alturas de Aizkorri se suman a la actividad pastoril tradicional en las “campas” y a la ineludible presencia del monumental santuario católico de Arantzazu, en las faldas bajas del macizo. A las diversas formas de apropiación física de la montaña se añade la apropiación simbólica, a través de la mitología relativa a entidades telúricas como Mari y los “gentiles”, que juega un importante papel en el fortalecimiento de la identidad vasca, cuyo impacto se extiende al sistema de creencias latinoamericano.

Palabras clave: montaña sagrada, Aizkorri, Aketegui.

Abstract

One of the main sacred mountains in Basque territory, Aizkorri is the scene of numerous visits to the hermitage "del Santo Cristo", located above 1500 meters. This case study enables a deeper understanding of the construction of the territory in the Basque world. Through participant observation, the author has documented the socio-age diversity of the pilgrims, as well as the interconnection between religious, and recreational motives in the appropriation of high-altitude spaces in Euskadi.

Some mountaineers choose to hike "from top to top", and they ascend to the neighbouring peaks Aketegui and Aitxuri -the highest elevations in the region- which boast topographic landmarks and emblems of Basque culture. In recent years, the mountainous area has also become the scene of popular speed and endurance races. The religious, sports and tourist practices in the heights of Aizkorri are added to the traditional pastoral activity, and to the unavoidable presence of the monumental Catholic shrine of Arantzazu in the lower slopes of the massif. The various forms of physical appropriation of the mountain are connected with the symbolic appropriation. Mythology related to telluric entities, such as Mari and the "gentiles", plays an important role in strengthening the Basque identity. The impact of Basque folklore has also reached the Latin American belief system.

Key words: sacred mountains, Aizkorri, Aketegui.

Introducción

El macizo de Aizkorri se extiende en las nacientes del río Deba, en el corazón del País Vasco, al noreste de España. Presenta las cumbres más altas en la provincia de Guipuzkoa, con el punto más elevado en la cima llamada Aitxuri, que alcanza los 1551 metros sobre el nivel del mar. Debajo del pico Aizkorri se ubica el Paso de San Adrián, por donde cruza una calzada medieval que, desde hace más de mil años, une la meseta ibérica con la costa cantábrica.

En el poblado de Oñati, conocido como "la Toledo vasca", sobresale la monumental arquitectura de la Universidad Sancti Spiritus, máximo exponente del renacimiento vasco. Se destacan en sus inmediaciones las cuevas de Oñati, dotadas de impresionantes formaciones de estalactitas.

No lejos de allí, emplazado sobre una majestuosa garganta kárstica, a unos setecientos metros sobre el nivel del mar, se yergue el famoso santuario de Arantzazu. Su monumental iglesia modernista, diseñada por el arquitecto Sainz de Oiza y Laorga, fue construida entre los años 1950 y 1955 y concebida como una enorme ermita de montaña. El templo es considerado como emblema de la arquitectura vasca contemporánea (Figura 1).

Figura 1. Santuario de Arantzazu



Fuente: María Constanza Ceruti.

La fachada de la basílica está ornamentada con estatuas huecas representando a los apóstoles, obra del escultor vasco Oteiza. Las piedras utilizadas para el frente han sido labradas con forma puntiaguda, representando a espinos. La leyenda fundacional del santuario sostiene que la Virgen apareció a un pastor llamado Rodrigo de Balzategui, en el año 1468 (o 1496), y que al presentarse le preguntó: "¿Entre los espinos, tú?", de donde se dice que surge la toponimia del lugar. También se cree que Ignacio de Loyola se consagró allí como peregrino, en el año 1522.

Además de funcionar como un importante santuario mariano, la basílica de Arantzazu es un escenario preferencial para

las bodas religiosas de los vascos que viven en la zona. Así lo refirió a la autora una anciana residente del poblado medieval de Elorrio, a los pies del monte Anboto, quien se casó en Arantzazu en 1947.

El santuario cuenta con un albergue para peregrinos y en sus inmediaciones se yergue un hotel familiar con un muy frecuentado restaurante de montaña. Allí cenan numerosos caminantes y montañeros que han pasado el día recorriendo las faldas y cimas del macizo de Aizkorri.

Los picos del Macizo de Aizkorri

Desde una fuente de piedra, en las inmediaciones del santuario de Arantzazu, parte un sendero de poco más de siete kilómetros, que atraviesa las boscosas faldas del macizo de Aizkorri, cruza el portezuelo de Elorrola y pasa junto a las peñas de Zabalaitz, hasta llegar a una zona de pastizales de altura conocidos como “la campa de Urbía”. Desde allí se obtiene acceso visual y físico a la ermita, en el pico Aizkorri, a las empinadas crestas y a los picos Aitxuri y Aketegui (Figura 2).

Figura 2. Macizo de Aizkorri desde la campa de Urbía



Fuente: María Constanza Ceruti.

La campa de Urbía se extiende al pie de la crestería del macizo de Aizkorri, a unos

1100 metros sobre el nivel del mar. Se caracteriza por un paisaje bucólico, en el que pastan ganados, rodeando a precarias (pero típicas) cabañas de pastores o “chabolas”. En la zona se observan dólmenes y otros megalitos atribuidos popularmente a la presencia de “los gentiles”, gigantes de las montañas a los que el folclore vasco representa como custodios de conocimientos y tesoros minerales. Desde el año 2006 la región es considerada un Parque Natural.

La antigua ermita dedicada a la Virgen de Urbía (Figura 3) estaba a punto de ser reabierta para la temporada, al momento de ser visitada por la autora. Era posible observar a los cofrades encargándose activamente de la limpieza y acondicionamiento que preceden a la apertura estacional. Al lado de la ermita se levanta un refugio de montaña que funciona principalmente como restaurante campestre, en el que almuerzan los senderistas y devotos que ascienden al macizo. Es atendido por una familia de montañeros, con 8 a 12 integrantes, que se desempeñan al servicio de los cientos de caminantes que visitan Urbía cada fin de semana en época estival.

Figura 3. Ermita en la campa de Urbía



Fuente: María Constanza Ceruti.

El pico Aizkorri y la ermita del Santo Cristo

Tiempo atrás se creía que el pico Aizkorri (1528 m) era la cima más alta del país vasco. Sigue siendo una de las cumbres más emblemáticas; aunque en la actualidad el récord de altura se asocia con el vecino pico Aitxuri, que también forma parte del macizo.

Aizkorri y su ermita convocan a visitantes de todas las edades, pese a las relativas dificultades en el acceso. Alcanzar estas alturas sagradas requiere de una ascensión de aproximadamente tres horas y media, partiendo desde el santuario de Arantzazu; en tanto que la totalidad de la excursión demanda de cinco a seis horas de marcha. Ascienden cientos de caminantes cada fin de semana —de primavera a otoño— inclusive familias y grupos de amigos. Durante su permanencia en la cresta, la autora observó a matrimonios con niños pequeños y a grupos de montañeros veteranos, con integrantes que pasaban los setenta años.

El punto más alto de la cima está marcado por una cruz de metal junto a la que casi todos los caminantes se fotografían. A su lado se observa un buzón con forma de hacha clavada en un tronco, data de los años 1974 o 1975 y fue colocado por un club de montañismo vasco (Figura 4). Este es utilizado para depositar los llamados “testimonios de cumbre”, donde consta el nombre del escalador y la fecha de su ascensión.

Figura 4. Autora junto a cruz en la cima de Aizkorri



Fuente: María Constanza Ceruti.

La ermita dedicada al Santo Cristo fue construida en 1946 (Figura 5). Cuenta con un pequeño altar y una ventana dotada de un vitral. El acceso al interior se halla custodiado por un guardaganado, para evitar la entrada indeseada de cabras u otros animales. El crucifijo se considera milagroso; se dice que en cada ocasión que era descendido de la montaña para ser llevado a las aldeas de Zegama o Araya, aparecía nuevamente en el pico.

Figura 5. Ermita en la cumbre de Aizkorri



Fuente: María Constanza Ceruti.

Adyacente a la ermita se ha construido un refugio de la Federación de Montaña, tipo vivac, con planta cuadrada, que ostenta en su techo una inscripción de propósito político (Figura 6). Fue erigido en 1934 y posibilita pernoctar en la cima. El área circundante funciona como balcón natural, desde donde se alcanzan a ver las cumbres de los montes Anboto y Udalaiz. Está dotada de un cartel explicativo con información sobre el paisaje que se aprecia desde el mirador.

Figura 6. Refugio en las alturas de Aizkorri



Fuente: María Constanza Ceruti.

Los picos Aketegui y Aitzuri

El pico Aketegui se encuentra a una media hora de marcha desde la ermita del Santo Cristo, por una dorsal rocosa bastante abrupta (Figura 7). La cima es de pequeña extensión y se encuentra señalada solamente por un hito geodésico y un pequeño buzón para testimonios de cumbre, con forma de “casita” (Figura 8).

Figura 7. Aizkorri y Aketegui vistos desde Aitzuri



Fuente: María Constanza Ceruti.

Figura 8. Buzón para testimonios de cumbre en Aketegui



Fuente: María Constanza Ceruti.

Aketegui alcanza 1549 metros de altitud. Es, quizás, el más escénico entre los distintos picos que forman la cresta del macizo de Aizkorri, ya que se distingue por ofrecer un imponente precipicio —de varios centenares de metros y absoluta verticalidad— en la vertiente opuesta de la montaña. El precipicio se aprecia claramente desde el vecino pico Aitzuri, del cual se halla separado por un corto tramo

de cresta rocosa, señalado por marcas amarillas.

Por su parte, el pico Aitxuri alcanza 1551 metros sobre el nivel del mar y constituye la máxima altura del País Vasco. Su nombre significa Roca Blanca y su prominencia supera los 900 metros. En la pequeña superficie de la cima se encuentra un buzón con forma de hacha, colocado por un club andino, además de una escultura metálica que representa a un tamboril acompañado de flautas, instrumento musical típico de Euskadi (Figura 9). A su lado se encuentra también una placa empotrada en piedra, dedicada a San Bernardo, un santo católico relacionado con las montañas (Ceruti, 2019).

Figura 9. Tamboril en pico Aitxuri



Fuente: María Constanza Ceruti.

La caminata por la cresta, conocida como “de cima en cima”, se origina en la ermita en el pico Aizkorri y se extiende hasta las campas de Urbía, pasando por los picos de Aketegui y Aitxuri. Esta cresta rocosa es también escenario de una popular carrera de montaña, denominada Zegama-Aitxuri. La ruta transitable con mayor seguridad aparece señalizada en el terreno pedregoso y empinado a través de flechas y puntos amarillos pintados directamente sobre la roca (Figura 10).

Figura 10. De cima en cima en el macizo de Aizkorri



Fuente: María Constanza Ceruti.

Consideraciones acerca de la dimensión simbólica de la montaña en la territorialidad vasca

El paisaje cultural de la montaña en territorio vasco se caracteriza por la presencia de cabañas pastoriles, “chabolas” o *txaboleak*, construidas en piedra y de uso tradicional durante la trashumancia estival. La cultura material en estas viviendas incluye cencerros, marcas de hierro, embudos, moldes de queso, etc. La vestimenta tradicional de los pastores vascos incorpora *kapusas* (capas con capucha), pantalón, camisa a cuadros y la consabida boina negra. En sus desplazamientos por terreno montañoso, los pastores suelen portar consigo un palo de avellano, utilizado como bastón. Antiguamente, era frecuente que los frailes recorrieran las chabolas para bendecir el ganado, recibiendo a cambio obsequios de queso (De la Fuente, 1991).

La activa sacralización del paisaje en Euskadi incorpora, desde el punto de vista ar-

quitectónico, los monumentales santuarios católicos emplazados a los pies de las grandes montañas, así como las ermitas, placas y cruces erigidas en sus cimas. También hay ritos colectivos que contribuyen a reforzar la dimensión simbólica del territorio vasco, tales como las misas que se ofrecen tradicionalmente en verano en distintas ermitas de altura o las romerías, de otoño y primavera, a picos sagrados como Uzturre y Ernio (Ceruti, 2011). Asimismo, se cuentan las prácticas rituales individuales que acompañan la aproximación física a las cruces y espacios religiosos en altura, aun en contextos de caminatas eminentemente recreativas o deportivas.

La dimensión simbólica del territorio adquiere tal densidad y multiplicidad de niveles de significación que invita a ser abordada por medio de la metáfora de la selva, según la propuesta de Víctor Turner (2013). Debajo del manto de creencias y ritos cristianos, subyacen antiguas creencias vascas que vinculan a las montañas de Euskadi en general —y al macizo de Aizkorri en particular— con entidades mitológicas tales como Mari, la diosa de los montes, los gigantescos “gentiles” y Basajaun, el Señor de los Bosques. Este último es conocido también como Tragus y ha llegado al folklore latinoamericano en la figura del Trauco que ronda en los bosques más espesos de la Patagonia (Echeverría, 1988). Las entidades mitológicas vascas fueron introducidas en Sudamérica durante la conquista y colonización de sus diversos territorios. Dichas creencias populares se vieron reforzadas a fines del siglo XIX y principios del siglo XX con las corrientes migratorias procedentes del norte de la Península Ibérica.

Los “gentiles” son caracterizados como gigantes deformes que moran en las montañas. Un dolmen prehistórico en las faldas del macizo de Aizkorri es morada de

Tártalo, un gentil emparentado con los ciclopes mediterráneos y que ha sido visto por una anciana pastora en el lugar (Luis del Río, comunicación personal, 2011).

Los gentiles vascos, custodios de tesoros en las montañas, también llegaron al mundo andino dando nombre a yacimientos arqueológicos conocidos, coloquialmente, como “gentilares” (Ceruti, 2014). En las antiguas torres funerarias o *chullpas* del altiplano andino, las momias depositadas en el interior han llegado a ser identificadas como “gentiles” e interpretadas como miembros de una raza prehumana que vivían a la luz de la luna y quedaron “petrificados” al producirse la salida del sol. La “petrificación” de los “gentiles” remite a la mitología del norte europeo, en la que los trolls —también emparentados con los gentiles vascos— quedan petrificados al ser sorprendidos por el amanecer, explicando la presencia de accidentes geográficos sobresalientes en el paisaje, tales como roques, pináculos, etc.

Desafortunadamente, se advierte también que las leyendas vascas de tesoros en las cumbres han promovido indirectamente la depredación de sitios culturales en montañas andinas. En la tradición oral asociada a poblados coloniales del norte argentino es frecuente escuchar relatos acerca de los llamados “tapados”, imaginarios tesoros repletos de “monedas de oro y plata” que los lugareños, equivocadamente, pretenden excavar en alturas montañosas o yacimientos de filiación indígena.

Mari, la diosa de las montañas vascas, mora en los picos más abruptos del territorio de Euskadi, incluyendo el monte Txindoki (Ceruti, 2011), el pico Aketegui y la legendaria sierra de Anboto. Las nubes que envuelven al pico Aketegui en días brumosos y ventosos son indicio de que Mari “está en la cocina”; en tanto que las

tormentas indican que Mari “se ha encontrado con su amante”, un ser serpenti-forme que habita en las recónditas cavernas montañosas. Un escalador local comentó —al compartir con la autora el ascenso al pico Anboto— que su madre era pastora y solía hacer ofrendas de comida a Mari para pedir buen tiempo, buena fortuna y la prevención de accidentes.

La deidad telúrica Mari suele seducir a pastores inadvertidos, que caen rendidos ante sus encantos cuando la ven peinar su larga cabellera rubia, sentada junto a la cueva que le sirve de morada. En el folclore vasco se dice que Mari hechiza a los hombres y quienes intentan escapar de su embrujo terminan perseguidos por cuervos —aves con las que a esta diosa se atribuye la habilidad de transformarse—. En versiones andinas de este relato folclórico, que la autora ha tenido oportunidad de escuchar en los Valles Calchaquíes del norte argentino, la “sirena” que se peina al borde de la laguna seduce al pastor, que termina ahogándose en el espejo de agua (Ceruti, 2011). En versiones de la misma leyenda, escuchadas en la Quebrada de Humahuaca, la inesperada aparición de un ser femenino de largos cabellos rubios puede acabar con la cordura del infortunado pastor.

Los elementos representativos de la cristiandad irritan sensiblemente a Mari. El imaginario vasco recuerda que, en una ocasión, ella se indignó cuando su esposo se persignó en la mesa, tomó a su hija bebé en brazos y saltó por la ventana para huir a la montaña y no volver a ser vista por años (Ceruti, 2014).

El territorio del macizo de Aizkorri ha sido intensamente “cristianizado”: el santuario de Arantzazu ha sido erigido a los pies del macizo y se ha levantado la famosa ermita dedicada al Santo Cristo en la cima del pico Aizkorri, existiendo también una placa dedicada a un santo católico en la

cima del monte Aixturi y una antigua ermita mariana en la campa de Urbía. Sin embargo, no se observan elementos de carácter religioso sobre la cima de Aketegui, el pico de apariencia más abrupta y más estrechamente vinculado con la figura de Mari. La ausencia de cruces y de otros símbolos religiosos se repite en distintos montes vascos que se consideran morada de esta antigua deidad telúrica (Ceruti, 2014).

Conclusiones

La ermita de Aizkorri se ubica a 1528 metros y corona la abrupta cumbre de una de las principales “cordeladas” del noreste de España. Visitada diariamente en época estival por decenas (y, en ocasiones, centenares) de senderistas y peregrinos, es un caso de estudio que permite ahondar en la comprensión de la territorialidad de las montañas en el mundo vasco.

A través de la observación participante es posible constatar la diversidad socioetaria de peregrinos y visitantes, la variabilidad de las prácticas reproducidas, así como el efecto de los móviles religiosos, deportivos y recreativos en la construcción social y en el uso de los espacios de altura.

Si bien la mayoría de los caminantes y devotos suben solamente hasta la ermita de Aizkorri, algunos senderistas ascienden también a las cimas de los vecinos picos Aitxuri y Aketegui, que ostentan hitos topográficos y símbolos escultóricos de la identidad vasca. Además, en los últimos años, la cresta de la serranía de Aizkorri se ha convertido en escenario de carreras de velocidad y resistencia. Las prácticas deportivas y recreativas en las máximas alturas se suman a las peregrinaciones religiosas a la ermita, a la actividad pastoril tradicional en las campas y a la ineludible presencia del monumental santuario

católico de Arantzazu, en las faldas bajas de la montaña.

A las diversas formas de apropiación física del paisaje del macizo de Aizkorri se suma la apropiación simbólica. Aketegui constituye un notorio anclaje orográfico para Mari, una de las principales entidades telúricas en la mitología vasca, asociada con el mundo de la hechicería y la fertilidad femenina. Por su parte, la presencia de dólmenes y otras estructuras megalíticas en las faldas del monte remite a los gigantescos “gentiles”, seres mitológicos cuyo impacto también se ha extendido a la construcción simbólica del territorio ancestral en distintos espacios latinoamericanos.

Bibliografía

- Ceruti, M. C. (2011). Montañas Sagradas en el País Vasco y su mitología. *Mitológicas*, XXIX, 27-46.
- Ceruti, M. C. (2014). *Montañas Sagradas del País Vasco*. Salta: Mundo Editorial.
- Ceruti, M. C. (2019). San Bernardo de Aosta, los pasos transalpinos y el culto a Giove Penino. *Publicación del Centro de Investigaciones Genealógicas de Salta* 12,185-198. Salta: Centro de Investigaciones Genealógicas.
- De la Fuente, J. (compilador). (1991). *Gorbea*. Zamudio: Federación Vizcaína de Montaña.
- Echevarria, E. (1988). *Leyendas de los Andes de Chile*. Santiago de Chile: Arancibia Hnos.
- Ortiz Oses, A. y Garagalza, L. (2005). *Mitología Vasca. Todo lo que tiene nombre es*. Donostia / San Sebastián: Fundación Kutzka.
- Turner, V. (2013). *La Selva de los Símbolos*. Madrid: Siglo XXI.